

dad espiritual de rodillas á un lado el Emperador de los griegos y para su provecho material de rodillas á otro lado al Emperador de los banqueros.

—Dios guarde á V. S. largos años para bien de la cristiandad y para gloria de la Iglesia santísima de Jesucristo.

Dijo Cosme de Médicis al entrar, posternándose á los piés del Papa y poniendo sus lábios en la cruz de las sagradas chinelas que calzaba el augusto jefe de la Iglesia.

—El cristiano ha cumplido con el Pontífice besándole de hinojos los piés; que el amigo cumpla ahora con el amigo, dándole los brazos.

Dijo Eugenio IV.

—¡Tanta honra!

—Merecidísima.

—Segun vuestra bondad, pero no segun la cuenta de mis méritos.

—¿Cómo haber concluido este Concilio sin vuestro concurso?

—¿Y cómo agradecer á V. S. que se haya dignado escojer esta querida Florencia nuestra para teatro de la mas bella empresa que ha visto el mundo moderno, de la reconciliacion entre la Iglesia griega y la Iglesia latina?

—Nunca lo olvidarás.

—¿Cómo olvidarlo? Cuando resonaban los dos Evangelios en mis oídos parecíame que al través de las nubes de incienso surgían en espíritu sobre las guirnaldas de luces encendidas por los altares, Jesus hablándonos en la montaña de Dios y Platon hablándonos en la Academia de la inmortalidad. Mi espíritu ha visto, al son del órgano, al eco de los coros, entre los grupos de sacerdotes arrodillados como los serafines ante el trono de la gloria, contemplando ora los prelados latinos, ora los prelados griegos, ora los prelados orientales, con el Papa á su cabeza, con el Emperador á dos pasos del Papa, entre aquel diluvio de pedrería cuyas chispas de colores quitaban la luz de los ojos, dibujarse en las oraciones aladas y en los cánticos sublimes, como esas figuras místicas que se destacan de un fondo de oro, las cuatro ciudades á las cuales debemos los cuatro rios de ideas que riegan y fecundan la conciencia humana; esa Jerusalem, templo de Dios; esa Alejandria, reveladora del Verbo; esa Atenas que ha esculpido al hombre y ha hermoñado su inteligencia; esa Roma, donde todo se ha confundido en la unidad del espíritu, reflejo inmortal de la unidad divina, que ha creado el cielo lleno de mundos y el alma llena de ideas.

—Si el Concilio de Nicea definió la divinidad del Hijo y la consustancialidad del Verbo con el Eterno Padre; si el Concilio de Efeso la maternidad de la Santísima Virgen; si el Concilio de Calcedonia la doble naturaleza de Cristo, hombre y Dios á un mismo tiempo, si el Concilio segundo de Constantinopla, condenó la herejía de Orígenes que aspiraba á convertir el Cristianismo en una secta oriental; este Concilio florentino, superior

á todos los otros, ha señalado la procedencia del Espíritu Santo y ha reunido en el seno de una sola fé y bajo el cayado de un solo pastor la Iglesia universal.

—Imagine V. S. cuan agradecida ha de estarle Florencia que con motivo de la union entre las dos Iglesias puede asegurar que ha sido el sitio donde se han juntado el espíritu de Oriente y el espíritu de Occidente en una misma alma y en un mismo principio. Platon, el Bautista espiritual de Cristo en el mundo heleno, ha resucitado en Florencia y la ha convertido en segunda patria de su espíritu, mayor en su inmensidad que la bóveda celeste.

—Todo lo merece esta artística poblacion, en la cual domina Cosme de Médicis por la magia y la variedad de sus talentos.

—V. S. me abruma bajo el peso de tamañas bondades, expresadas con esa ingenua sencillez. Domino en Florencia quizá por no haber querido dominarla. Una larga experiencia me ha mostrado que en las ciudades democráticas, quien aspire á la realidad del poder ha de sacrificarle las apariencias. Por eso he buscado sinceramente el mérito y he huido de la adulacion. Los principados, que se heredan, pueden conservarse por la rutina y la costumbre; los principados, que se adquieren, solo se conservan por la virtud y por el patriotismo. Falto de armas y de poder militar lo debo todo á mi destreza; y es bien difícil esta destreza en pueblos tan diestros y entre hombres tan listos como los buenos florentinos. Aprovechar todas las ocasiones de servirles; he ahí mi único mérito. Vincular en mi familia una autoridad, no política y tangible, sino moral y como la mia, he ahí mi única esperanza. Solo dependo de mí, por consecuencia corro menor riesgo de estrellarme que cuantos dependen de otros. Nada más fácil de perder que lo adquirido por los favores caprichosos de la fortuna, y nada mas fácil de conservar que lo adquirido por los esfuerzos tenaces del trabajo. Mientras los demás han pretendido gozar yo he pretendido dirigir. He gobernado con sacrificio de mi persona y en provecho de mis conciudadanos. Nunca he creído como muchos orgullosos patricios que apoyarse en el pueblo equivalía á apoyarse en el fango. Nunca tampoco, he imaginado á la manera de ciertos plebeyos, ó partidarios de la plebe, que perseguido y acusado por los de arriba, encontraria segura defensa en los de abajo, ilusion que bien pronto desmentirian los hechos, pasándome lo que en Roma le pasó á los Gracos desoidos del pueblo en quien tanto confiaran cuando mas lo necesitaban, en el momento supremo de la derrota y de la muerte. Ciudadano de esta Florencia donde los combates entre patricios y plebeyos han estremado todas las pasiones, puse particular empeño en equilibrar esas fuerzas contrarias y tener una posicion media entre esos enemigos irreconciliables. Los principados civiles no son, Señor, los principados eclesiásticos sostenidos por virtud de una autoridad tan grande como la autoridad del Pontificado y de una proteccion tan directa como la proteccion del cielo.

—Si no tienes la virtud de esa magistratura religiosa, tienes en cambio, la virtud de las artes.

—Es verdad, las amo con pasión.

—¿Y cómo va la casa?

—Adelanta cada día más.

—No la quisiste tal como la presentara en sus planos Brunelleschi.

—Nó, señor.

—¿Por qué?

—Por una razón sencillísima, casa grande acusaría grande soberbia. Y grande soberbia heriría á un pueblo tan susceptible como Florencia.

—Pues los Pittis han adoptado para su palacio los proyectos del sublime arquitecto.

—Los Pittis no se miran á sí mismos, ni miran tampoco á cuantos les rodean. Brunelleschi gusta de las cosas grandes. Lanzado en el tiempo de mi destierro, como un náufrago sobre las gigantescas ruinas de Roma, ha acostumbrado los ojos á aquellas perspectivas inacabables y ha sometido los cálculos de su entendimiento á aquellas moles inconcebibles. En vez de sobreponer piedras como los albañiles, sobrepone montañas como los titanes. Esa magestad resulta admirable para los edificios públicos; inadmisible para los hogares donde pocos corazones deben juntarse y confundirse. Si levanto un palacio inmenso, creerán mis conciudadanos que aspiro á levantar una inmensa tiranía. Acuértese V. S. de Augusto que tenía modesta casa en Alba, y todavía más modesta en el Palatino, para que aquellos republicanos, los cuales solamente adoraban ya las apariencias de la libertad, se creyeran gobernados por uno de sus modestos conciudadanos y no por uno de sus terribles dictadores.

—Pero en tu casa las maravillas se aglomeran por todas partes y la riqueza de los adornos que no descubre la vista de los profanos compensa con mucho la exigüidad de las proporciones.

—En efecto, Señor, mi casa es un verdadero templo de las artes, por aglomerarse en ella todo cuanto ha producido Florencia, en esta nuestra época, de más acabado y hermoso. Donatello ornó mis patios con bajos relieves de aquellas transformaciones paganas que más han sonreído á la fantasía por sus formas y á la inteligencia por sus ideas, en las cuales se encerraba profundo sentido de las manifestaciones varias de la vida en el inmenso Universo. Ucello traza en las paredes sus largas perspectivas pobladas de pájaros que parecen volar y cantar en animado concierto y en diversos giros. Dello resucita en los techos la antigua teogonía en que los poetas griegos y latinos se inspiraron. Aquí las diosas en su olímpica serenidad; allá las ninfas en sus graciosos movimientos; acullá las bacantes pidiendo á los airecillos, que levantan en su carrera y que agitan sus tendidos cabellos, besos de amor; y por todas partes el coro inmenso de los géneos que llenan con

sus armonias la Naturaleza. Luego joyeros, cinceladores, tallistas, venidos de los talleres de Donatello ó de Ghiberti, circundan todas estas pinturas con aquellos marcos de ornamentación prodigiosa, cuyas líneas encantan los ojos y mueven la fantasía á sonrosados ensueños, acompañando maravillosamente aquí un cuadro que resalta sobre telas de Oriente ó tapices de Flandes: allá una estatua aislada en las perspectivas de la galería ó escondida en las sombras de misterioso nicho; acullá sobremesas talladas con exquisito gusto, áureas cajas de nuestros joyeros, vasos sembrados de perlas por esos magos de la cristalería que se llaman venecianos, figurillas de Ghiberti comparables con las figuras de Grecia, porcelanas de Lúcas de la Róbia, cuyos esmaltes semejan á disoluciones de piedras preciosas; todas las maravillas del arte.

—Y haces bien, porque en tales obras, recreándose la imaginación, alaba al Señor y comprende toda la grandeza y toda la magestad de su poder, pues inspira á estos hijos del pecado tamañas maravillas, lejano y apagado, pero verdadero reflejo de las maravillas celestes.

—Pues ahora he encontrado un pintor que excede á todos en fecundia creadora y en amor á la Naturaleza cuyos espectáculos reproduce con un sentido verdaderamente artístico y una realidad verdaderamente maravillosa.

—¿Hablas de Filippo Lippi?

—Vuestra Santidad ha acertado.

—¿Quién no habla de Filippo despues que ha regalado á tu mujer ese precioso cuadro de que todo el mundo se hace lenguas?

—Yo traigo á V. S. hoy un cuadrito bellísimo: varios ángeles sosteniendo en sus rosadas manecitas girnaldas de frescas flores.

—Cuanto lo agradezco. Veámoslo.

Cosme hizo una seña y diligente Ugier trajo el precioso cuadrito.

—¿Qué vida y qué armonía! Parecen como recién-creados. Quizá reproducen con demasiada exactitud los tipos naturales, no obstante, representan figuras angélicas. Pero admitiendo que el pintor se haya propuesto representar la verdad no pueden ser más verdaderos.

—Pues lo tengo encerrado en mi palacio, con permiso del prior de su convento, para que decore una de sus habitaciones.

—¿Cómo encerrado?

—A guisa de fiera.

—¿De veras?

—Señor, de veras.

—¿Y por qué lo encierras?

—Porque tiene naturaleza tan ardiente, ímpetus de la voluntad tan irresistibles, que en cuanto vé á una mujer, siente avivarse en su pecho la llama de un amor irresistible.

—Te agradezco los circunloquios que has empleado para hablarme de los apetitos de tu protegido.

—Señor.....

—Malo, malo.

—Esas naturalezas artísticas son verdaderas naturalezas celestes. Por lo mismo que tienen tanta superioridad, el diablo pone en ellos un centella de su fuego infernal. Más poseedoras de la virtud que el resto de los mortales, también resultan más poseídas del mal. Las tinieblas y la luz se mezclan igualmente sobre sus sienas. Los vicios de este mundo se enroscan á sus piés. Hay que tener con ellas alguna misericordia.

—Te extravía por completo tu pasión al arte en esos temerarios juicios. La responsabilidad moral del hombre crece á medida que su mérito crece. Si Dios ha puesto en las almas un claro entendimiento, ha debido poner en su compañía también una clara conciencia. La inspiración podrá ser una llama que abrasa, pero también luz que ilumine. A medida que los seres son más sábios deben ser también más perfectos.

—Cuando alguna vez las gentes se quejan de los defectos de nuestra República, yo les digo que, de ser mejor, sería sin duda alguna el cielo. Cuando alguna vez se quejan de que los artistas son moralmente malos, yo digo que de ser moralmente buenos, resultarían verdaderos ángeles y no hubieran venido de los celestes tronos á la oscura tierra.

—Segun eso, los tienes á todos por perversos, y despues de tenerlos á todos por perversos, los excusas á todos por inspirados y sobrenaturales. Pues, á los malos hay que declararlos sobrenaturales si quereis, pero sobrenaturales demonios.

—Yo no excuso sus flaquezas; las explico. Si el ruiseñor no fuera de tan breve cuerpo quizá no tendría tan grandes pulmones. Dios lo ha hecho para el cántico y ha puesto en su garganta más fuerza que en las garras de otras aves. Tal vez una superioridad de entendimiento, de razón, de fantasía exija una inferioridad de conciencia y de juicio. Yo no lo afirmo; Dios me libre de afirmar cosa alguna en presencia de aquel que es la verdad misma, y que asistido del Espíritu Santo, define la moral y guarda el dogma, pero lo apunto como una atenuación á los escrúpulos que pueda suscitar el caso cuya proposición voy á presentaros y la gracia cuyo cumplimiento voy, Señor, á pedirlos.

—Pues, sin rodeos, habla: que atentísimo te escucho.

—La idea de las formas, el sentimiento del colorido, la virtud de crear la hermosura, la inspiración, todas estas facultades altísimas no pueden menos que dar alguna especie de enfermedad, á quien las posee y las ejercita, como el exceso de sangre, como el exceso de vida.

—Ya vuelves á las disertaciones, y olvidas los hechos. Déjate de retóricas y de circunloquios. Vamos al grano, al grano.

—Señor, Filippo Lippi.....

—Ya suponía que ibas á dar en él.

—Filippo Lippi no es un malvado, sino un pobre enfermo.

—Pero, ¿se ha propuesto confesarse por tu boca? Pareces un penitente que implora la absolución de otro. Mas no queda redimida sino la falta confesada. Tú me cuentas esas cosas, no te confiesas. Quien no tiene valor para decir su culpa no tiene remordimiento de haberla cometido, ni propósito de rescatarla con la penitencia y con la enmienda. Y quien ni se arrepiente ni se enmienda, no puede esperar la misericordia de Dios ni el perdón de su Vicario sobre la tierra.

—Señor, V. S. no me deja concluir, defendiendo su autoridad moral á mis obyrugaciones, como yo defiendo mi dinero á las atrevidas manos que lo piden prestado, para no devolverlo ni pagarlo.

—Pues, casualmente suscitás ahora con tu comparación el asunto porque hoy mismo te hubiera llamado de no haber tú mismo venido.

—Hable V. S. y crea que una palabra suya es para mí una orden.

—Necesito que la casa de los Médicis adelante á la Silla Pontificia, en calidad de préstamo, el dinero necesario á la traslación de todos los griegos venidos al Concilio.

—La Casa de los Médicis se honra por extremo siendo la Caja de los Papas y de los Reyes.

—Yo te lo agradezco y Dios te lo premiará. Arregla pues con mi tesorero la suma á que debe subir y las condiciones con que debe realizarse el préstamo. Y puesto que, tan diligente has estado en servirme, veamos qué puedo yo hacer en tu obsequio.

—Me ha criticado paternalmente V. S. mis circunloquios, mis perífrases. Por consecuencia dejo á un lado todo exordio y acometo el decir clara y llanamente la verdad entera. Lippi es un enamorado de primera, y para estar bien con Dios y con su cuerpo, desea, Santísimo Padre, casarse. Y para casarse necesita una dispensa de V. S. que lo exima de sus juramentos y de sus votos.

—Ave María Purísima.

—Señor, sentiría haber ofendido con mi demanda á V. S.

—Calla, Cosme, hijo mio, calla; no has podido venir en peor ocasión.

—Pues ¿cómo?

—Y tú me lo preguntas.

—¿A quién sino á V. S. he de preguntar estas cosas?

—Ya sabes que los falsos conciliares de Basilea me amenazan con una deposición inmediata, á mí, satisfecho de haber contribuido á concluir el cisma de Occidente con mi elección, como á cerrar el Cisma de Oriente con mi palabra.

—Pero, si no fuera falta en mí de respeto y sobra de audacia, atrevería-

me á preguntar á la Santidad de mi Pontífice cómo, para concederme ó negarme cosa tan fácil y sencilla, toma los antecedentes de tan léjos.

—¿De tan léjos, cuando hablo de lo que hoy sucede?

—Perdóneme, Señor, me he explicado mal, no debí decir de tan léjos, debí decir de tan alto.

—Y de léjos ó de alto, hijo de mi alma, lo indudable es que mi contestacion tenía estrechas relaciones con tu demanda. Hablemos dulcemente y en familia. Cosme de Médicis no debiera extrañar mis aprensiones cuando uno de sus títulos á la general gratitud, uno de los títulos de su familia al amor de la Santa Sede está en haber acompañado á Juan XXIII por aquella Babilonia de Constanza y haberle asistido en aquella fuga.

—Cuántas veces he oido al amor de la lumbre, en las largas veladas de invierno, referir como aquel Baltasar Cossa, acostumbrado desde la niñez á los naufragios y á las tormentas, habia subido al sólio pontificio con ánimo de restaurar la autoridad entera de los Pontífices, y se habia encontrado el espíritu de la Iglesia mas removido que los vientos y mas alterado que las ondas del mar. Constanza abrigaba un Concilio y aquel Concilio se convirtió en un circo de torneos, en una feria de mercaderes, en un salon de cortesanas, en un teatro de titiriteros, en un campo de soldados, en una córte de reyes y emperadores, en todo lo mas distante de una asamblea poseida por el Espíritu Santo y destinada á evangelizar el mundo. La Emperatriz de Alemania pasaba la mitad del dia arrodillada en los reclinorios de la Catedral y la otra mitad del dia tendida en los lechos de la prostitucion y del vicio. El Emperador tomaba la casulla de Diácono para ayudar á misa solemnemente al Papa y luego enardecia contra el Papa todas las temibles furias eclesiásticas. El Duque Federico de Austria se constituia con gran golpe de gente el guardian de S. S. y luego resultaba el carcelero. Los obispos y arzobispos comenzaban por besar las sagradas sandalias al Vicario de Cristo y concluian por pedirle la abdicacion. Por eso una tarde, cuando todos los reyes y emperadores se hallaban justando en los torneos, todos los obispos y arzobispos embebidos en tamaño espectáculo, todo el pueblo y todo el ejército viendo esta suerte ó apostando por aquel mantenedor, el Papa, vestido de cochero, se esquivó al Concilio, huyendo de Constanza y revelando al mundo las abominaciones y los escándalos de aquellas gentes.

—Y sin embargo, hijo mio, ha habido necesidad de reconocer aquel Concilio como un Concilio ecuménico y de aceptar las Constituciones dadas por su ceguera y su apasionamiento como constituciones fundamentales de la Iglesia. Todavía ese conciliábulo de Basilea aparece como una secuela del Concilio de Constanza. Todavía se imaginan los Obispos que pueden reunirse donde quieran, como quieran, para lo que quieran, á su antojo, en virtud de aquellas pasiones orgullosas infundadas por la ambicion que tuvo su conventiculo en Constanza.

—Es verdad.

—Luego reconoces que son estos tiempos tristes para el Pontificado y para la Iglesia adversos.

—Lo reconozco.

—Si lo reconoces ¿cómo tú, la prudencia y la sabiduría mismas, puedes pedirme que rompa un cánón eclesiástico y que arranque un monge á las paredes de su claustro?

—Santidad, por el bien de un alma.

—Cosme, por su perdicion.

—Los votos recientes, la juventud florida, el amor inmenso atenuan....

—Agravan la falta. ¿Cómo preferir al amor divino el amor carnal y mundano?

—Hay almas predestinadas al cielo y almas formadas con el barro de la tierra.

—No arguyas de esa suerte. Concedo cuanto quieras que conceda. Pero una disposicion de esa suerte debe mirarse, no tanto en si misma, como en sus consecuencias y resultados. Si ahora dispensara yo de sus votos á un fraile, y á un fraile de la importancia de Filippo Lippi, cree que Basilea tomaria pié de este hecho para denunciarme como relajador de la doctrina católica y como empeñado en destruir las bases de la Iglesia universal. Y lo dirian en la hora misma en que acostumbran acusarme de haber transigido con los griegos en el espinosísimo asunto del celibato eclesiástico. Si la gracia recayera en clérigo pobre y oscuro, todavia podríamos darla sin temor al escándalo. Pero en fraile de la Merced, en pintor habilísimo, en jóven célebre, dentro de Florencia, capital de las artes, asiento de los últimos Concilios, la mas conocida y la mas celada de todas las ciudades italianas, ¡oh! jamás. Pídeme cuanto quieras y lo concederé. No me pidas que relaje ni por una sola escepcion la disciplina, porque no puedo. El Espíritu Santo me inspira resoluciones contrarias á las resoluciones que deseas. La salud de la Iglesia exige una entereza sin ejemplo. ¿Quién sabe si por arrancarle una sola piedra podria venirse abajo todo el edificio? Luego esas órdenes monásticas crecen diariamente en autoridad y en poder. El Convento de los Carmelitas florentinos, que tiene á orgullo poseer el mas jóven y más brillante de los pintores célebres, no me perdonaría jamás haberle arrancado esa joya. Bueno está el mundo y buena la Cristiandad para indisponerse con una orden monástica. Me amenazan con el destronamiento allá por las riberas del Rhin. Para conseguirlo traman confabulaciones diabólicas inspiradas por el espíritu del mal que quiere tentar á la Iglesia y perderla en esta hora de su triunfo, como tentó y perdió á Eva en la inocencia del Paraíso. No puedo, no debo, no quiero ponerme al lado de los que atizan el fuego del Infierno. Cristo me diria en el trance de mi muerte que no me habia delegado su autoridad para que abriera las puertas del mundo